CAPÍTULO 3

Los espejos del tiempo: entre la tradición y la transición

> "El que no observa a un pueblo más que en su actual posición es como el que no ve a un hombre más que en un acto solo de su vida. Para conocer un hombre es preciso verle en todos sus períodos, y para conocer a un pueblo es necesario observarle en todas las épocas de su historia".
>
> JOSÉ CECILIO DEL VALLE (CITADO EN OQUELÍ 1981:313)

El desarrollo debe ser pertinente a "el progreso de la existencia humana en todas sus formas y como un todo, no solamente el desarrollo debe ser sustentable, sino también cultural" (UNESCO 1999:7). Dentro de esta perspectiva se ubica el paradigma de desarrollo humano sostenible (DHS), el cual posee una visión más amplia e integral, en tanto reconoce el desarrollo no sólo como un aumento de la calidad de vida material (salud, educación, ingreso), sino que también se toma en cuenta el ethos cultural de cada sociedad, es decir: la historia, la identidad, las creencias y las tradiciones.[1]

La cultura no sólo posee un carácter integrador, sino que también cumple una función relevante en su relación con las distintas dimensiones del desarrollo, en tanto que elemento clave en la lucha contra la pobreza y en la formación de valores que sustentan a una nación. Por ello no debe verse sólo como generadora de creación artística, sino como depositaria de valores, de formas vivas que entretejen lo cotidiano y dotan de sentido a la vida. El respeto profundo de la cultura es capaz de crear condiciones "favorables para la utilización, en el marco de los programas sociales, de los saberes acumulados, tradiciones, modos de vincularse con la naturaleza, capacidades naturales para la autoorganización" (Kliksberg 1999:27).

La globalización económica no debe forzar y menos romper abruptamente las formas tradicionales de relación social y expresión cultural que conforman la base de los lazos de pertenencia y cohesión social. Existe una amplia polémica sobre si la globalización ha facilitado la interculturalidad y la proximidad, y si impone también sus propias formas de cultura. Al respeto, es necesario evaluar el impacto de la tecnología en los procesos culturales de identidad, de ahí la necesidad de contar con una visión global, pero sin perder el sentido de lo local. Esta articulación global-local es importante para establecer las bases de un reacomodo nacional, caracterizado por la adaptación, pero también para afirmar aquellos rasgos de identidad que faciliten los procesos de desarrollo.

Bajo ese aspecto normativo se produce una fuerte corriente que, amparada en los aportes de Sen sobre la libertad como factor de desarrollo, retoma la cultura como un valor humano, en el que se plantea un *derecho* a la cultura, pero también un *respeto* a su cultura. De ahí que la aceptación de la diversidad y del otro sean determinantes para la convivencia social. Es en esta breve implicación e imbricación que resulta complejo plantear el desarrollo humano sin reconocer el ingrediente del factor cultural.

La cultura es un basamento indispensable del DHS, pero también de afirmación y definición de identidad, y está estrechamente ligada a las valoraciones que las personas y las sociedades tienen sobre si mismas a partir de su *visión de país*, sentido de pertenencia; *visión de pasado*, sentido histórico; y, *visión de futuro*, capacidad de proyección. En estas coordenadas se articula la cultura como factor de individualidad, pero también, como afirma Lechner (1983), para propiciar "la subjetividad social".[2] Es en ese marco de subjetividad que la individualidad proyecta su imaginario colectivo, valoración que es en esencia cultural, y en la que se dimensiona la persona humana en el ámbito de su comunidad.[3]

En el intento de establecer los vínculos entre cultura y desarrollo en el país, en este capítulo se esbozan los procesos de configuración sociocultural, la dinámica de lo urbano y rural en la cultura actual para vislumbrar algunos temas que cruzan las relaciones entre cultura y desarrollo y, asimismo, abrir la brecha hacia la identificación de desafíos que la cultura plantea a la búsqueda del bienestar.

De las fronteras culturales a la fragmentación cultural

La historia de Honduras muestra un país que ha cambiado en los últimos siglos su conformación cultural y que sigue experimentando cambios visibles. Ha sido un proceso de renovación permanente de la propia población, de sus prácticas cotidianas y de sus modos de vida: del pasado indígena mágico religioso al católico colonial, de la minería y la ganadería a la república bananera y a la maquiladora del presente; de asentarse la mayoría de su población en las tierras del occidente y luego poblar el centro y el sur, para después extenderse hacia la zona norte y la costa caribeña; de las lenguas indígenas a la lengua española, y ahora con influencias del inglés, de la cultura estadounidense, así como de la cultura de masas.

Honduras es un país cuya geografía puede ser vista como uno de los factores para interpretar el tipo de sociedad y su forma cultural. La geografía nacional destaca por su relieve, el cual es una consecuencia de los movimientos orogénicos, así como de la actividad volcánica en épocas pasadas. Los movimientos de la tierra que dieron lugar a plegamientos, fracturas y fallas de la corteza terrestre, tanto como el vulcanismo, formaron las montañas, colinas, mesetas y llanuras actuales.

El territorio hondureño está cruzado suroeste a sureste por una cadena montañosa, prolongación de los Andes centroamericanos. De norte a sur, una gran depresión divide al país en dos regiones bien definidas: la oriental y la occidental; un 63% de su relieve lo constituyen tierras montañosas con una altitud media de 1,000 metros, lo cual se debe a la formación de la depresión intra-continental durante el período Cretácico de la era Mesozoica. Los movimientos tectónicos en el mismo período y subsiguientes provocaron que la sedimentación de la depresión se distorsionara, dando lugar a las montañas y llanuras actuales, estas últimas formaron un 37% de su relieve (Instituto Geográfico Nacional 1999:29).

La aspereza de las montañas ha tenido una fuerte incidencia en el proceso de construcción de la nación hondureña y es lo que explica, para muchos, la lenta marcha del progreso, desde la época española: "Honduras siempre fue tierra de paso, a pesar de sus minas de plata y de oro; porque sus montañas fueron siempre una barrera contra la civilización" (Valle 1981:169).

Asimismo, se destaca el carácter multiétnico y plurilingüístico de Honduras. Historiadores y antropólogos reconocen que al momento del contacto con los europeos el territorio de lo que ahora es Honduras se encontraba dividido en dos grandes zonas socioculturales en las que convivían grupos de distintas lenguas y culturas, y de distintas procedencias. El territorio hondureño se muestra en los mapas histórico culturales como un área de frontera entre las culturas mesoamericanas del norte del continente y las del sur pertenecientes al tronco macrochibcha. Los asentamientos más numerosos y estratificados, con una agricultura sedentaria basada en el maíz y organizados en cacicazgos, se encontraban en los valles y las sierras del occidente y el centro del país; mientras que grupos seminómadas, de agricultura semipermanente, basada en la yuca, menos estratificados y organizados en tribus, se encontraban en las áreas de bosque tropical del oriente (Newson 1992:40).

Suele olvidarse que en tiempos prehispánicos el territorio fue un espacio de encuentros de pueblos y de culturas, de mezclas e influjos recíprocos. Aunque los mayas y los chorotegas eran pueblos inequívocamente mesoamericanos, los lencas, que eran el grupo más extendido en el área, fueron probablemente un pueblo de origen sudamericano que se había mesoamericanizado. Su organización social, su agricultura y sus prácticas religiosas los emparentan profundamente con Mesoamérica, pero su lengua perteneció seguramente a otro tronco lingüístico (Leyva 2000).

La colonización española se asentó en la zona occidental donde se encontraban los poblados indígenas más numerosos y cuya estratificada organización social se prestaba más fácilmente para el control político y el aprovechamiento de la mano de obra. De hecho, para estos pueblos no fueron nuevas las prácticas de pagar tributos que impusieron los españoles, sólo que después de la conquista tenían que entregarlos a la corona en lugar de a los señores de la tierra.

En el oriente del país, moviéndose en grupos pequeños a través de los ríos y en un amplio territorio, los tolupanes, los pech y los tawahkas (conocidos durante el periodo de la colonia como jicaques, paya y sumu, respectivamente) resultaron mucho más difíciles de someter para los españoles y permanecieron virtualmente sin conquistar hasta el final de la época colonial -si se exceptúan los esfuerzos misioneros. Aún hoy, si se observa un mapa del país puede corroborarse como la mayor densidad de las toponimias (nombres de pueblos y lugares) se concentra en la región occidental, donde se encontraban los mayores poblados de la época prehispánica y en los que se asentaron inicialmente los españoles.

Los investigadores dan por cierto que el choque con los españoles supuso un dramático descenso de la población indígena ya fuera por las guerras, por la obtención de esclavos, o por las enfermedades. Pero se carece de datos para establecer con seguridad cuál era la población antes de ese encuentro. La estimación más reciente establece

que había en el territorio entre 800 mil y 1.3 millones de habitantes, y que como consecuencia de la conquista, la población indígena que en el centro y el occidente del país ascendía a 600 mil se redujo a 32,000 entre 1520 y 1550. Se estima que murieron en promedio 18,933 personas al año, sin que haya quedado una crónica o registro escrito de semejante suceso (Newson 1992:180) (véase recuadro 3.1).

El despoblamiento en el período de la conquista es de particular interés por cuanto permite comprender una de las causas históricas principales de la pobreza del país, pues en un tiempo en que las economías dependían de grandes contingentes de fuerza de trabajo, en el territorio no se disponía de mano de obra abundante. Existe suficiente documentación sobre el abandono por parte de los colonizadores del territorio por encontrarlo pobre y despoblado (véase Aguiluz 1994, o Leyva 1991). De hecho, la sede del gobierno colonial para todo el Reino desde Guatemala hasta Costa Rica, fue instalada originalmente en Gracias, en el occidente de Honduras; después fue trasladada a Santiago de Guatemala, siguiendo probablemente el mismo patrón de asentamiento que hizo corresponder a una mayor población indígena una mayor población peninsular.

Por otra parte, conviene mencionar también que una sobrestimación de la población prehispánica ha conducido sin duda a exacerbar la importancia atribuida a ciertas causas de la pobreza (subordinación, explotación, esclavitud, servidumbre, etc.) en detrimento de una visión de conjunto de los demás factores económicos, sociales, institucionales, culturales e incluso naturales implicados en el proceso histórico y cuyas consecuencias se proyectan hasta el presente.

Las primeras dos décadas de la conquista estuvieron caracterizadas por la impaciencia y urgencia migratoria de muchos de los españoles, las migraciones forzosas de grandes cantidades de indígenas, las acciones violentas dirigidas hacia éstos, las disputas entre los diversos grupos conquistadores y, sobre todo, la ausencia de un gobierno real y central; todo ello como producto de una empresa de conquista en sí misma desintegrada y desintegradora (Sierra 2001).

La anarquía de la conquista y la ausencia de control sobre las regiones dio como resultado que el territorio de la provincia de Honduras apareciera incierto y, sobre todo, cambiante, debido a las presiones de los diferentes conquistadores que llegaban con la seguridad de merecer algo más que los beneficios económicos de la conquista y la expectativa de tener un cierto poder autónomo. Contribuyó a esta situación la impotencia de la Corona para establecer un verdadero orden dentro de esta sociedad emergente (Zelaya 1981:20). El resultado principal de este proceso ha incidido en la conformación de una sociedad fragmentada territorialmente, aislada, y sin una sólida identidad compartida entre sus habitantes.

Esta fragmentación territorial ha sido vista a lo largo de la historia nacional como una causa importante para explicar la dispersión poblacional, la incomunicación y la ausencia de un sentido de nación, de una territorialidad compartida o de una cultura predominante. Esto lleva a que, por una parte, Honduras sea visto como un país fragmentado en regiones, ya que éstas "se hallan aisladas entre sí, debido a las dificultades de comunicación terrestre" (Valle 1981:24). Empero, no puede desconocerse que en las últimas décadas una mejora en las vías de comunicación ha hecho posible integrar más el país, aunque persisten zonas apartadas de los principales flujos de intercambio que se dan en el territorio hondureño.

Debe considerarse que otros países sometidos al mismo orden colonial consiguieron generar un mayor crecimiento económico, como es el caso de

RECUADRO 3.1

Algunos testimonios sobre el despoblamiento indígena en Honduras

En cuanto a los números que arroja el despoblamiento indígena, no dejan de consternar a pesar de lo mucho que se ha dicho y escrito sobre lo que aconteció en la conquista de América. Con respecto a lo que en ese momento era el territorio que hoy ocupa Honduras, Newson se basa en los testimonios de Andrés de Cereceda (1530) y el obispo Pedraza (1547), y expresa que:

> Vasco de Herrera le había hecho la guerra a los indígenas de Trujillo y había esclavizado tantos que en pueblos que anteriormente habían 1000 almas quedaron apenas 30 y que 'en los alrededores de Trujillo pueblos con una población de varios miles habían sido reducidos a 150 o 180 personas' [...] un pueblo de 900 de casas, señala, Cereceda, 'había sido despoblado a tal punto que la única sobreviviente era la hija de un Cacique que se había escondido debajo de un bote' [...] por su parte el obispo Pedraza relata que: 'Cuando Cereceda entró al valle de Naco habían entre 8.000 y 10.000 hombres pero que para 1539 quedaban apenas 250.' Para 1586 la gran provincia de Naco había sido reducida a menos de diez indígenas (Newson 1992:181).

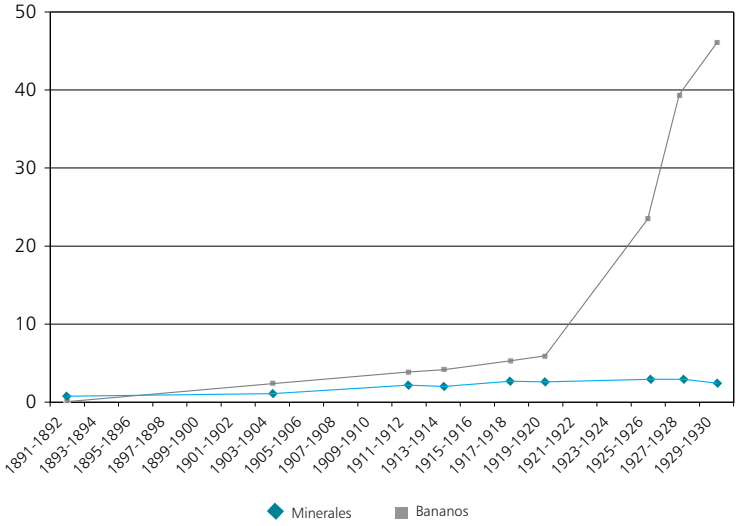
Newson señala además que:

> En el occidente y centro de la provincia se produjo una reducción de indígenas del 95% y en la parte oriental de 33 al 50%, siendo ésta una proporción más alta que la registrada en los estados de la Sierra Central de México y en los Andes Centrales, también es una proporción mayor que al de los otros cacicazgos como la de los chibchas (Newson 1992:486).

Fuente: Murillo 2003, con base en Newson 1992.

GRAFICO 3.1

Exportaciones de bananos y minerales, 1891-1930
(promedio de las exportaciones totales)



Fuente: Elaboración propia con base en Revista Económica 1921, citado en Frassinetti 1992:51.

México y Perú. Más allá de que este crecimiento fue logrado igualmente en contra de la libertad y el bienestar de indígenas y esclavos, debe reconocerse que el carácter periférico, la falta de fuerza de trabajo y la consecuentemente escasa generación de beneficios económicos, coartaron las posibilidades de acumulación de capital y de consolidación de una oligarquía criolla en Honduras (Sierra 2003). Las condiciones del país, a las que se sumó el sistema colonial de gobierno, condujeron a un empobrecimiento de las propias élites, las cuales a la larga resultaron incapaces de promover procesos sostenidos de crecimiento.

No obstante, aun cuando se llama la atención hacia el posible influjo de la escasez de población en el proceso histórico, debe tenerse igualmente la cautela de no subestimar los demás factores. Como es bien sabido, si la fuerza de trabajo humana hacía falta en el siglo XVI, hoy día -debido al cambio tecnológico y a la desproporción entre una mayor tasa de crecimiento poblacional y una menor de crecimiento económico- algunas posturas consideran que la población debería reducirse para superar la pobreza. El problema vuelve a encontrarse no en la incidencia de un solo factor, sino en el sistema de relaciones que articula la vida social y en el que viene a jugar un papel importante la tecnología, la educación y el conjunto de capacidades que adquieren y pueden desplegar las personas.

Durante la época colonial Honduras se construye, desde una cierta informalidad socioeconómica, como un país mestizo (europeo-negro-indio) en torno a la actividad minera. El cambio cultural, propiciado por la minería, favoreció el aumento de la productividad de este sector que durante el siglo XVIII experimentó un auge importante, y contribuyó a desplazar el patrón de poblamiento del occidente al centro-sur del país. Pero esto ocurrió dentro de un proceso en el que al crecimiento económico correspondieron importantes rupturas de las redes culturales tradicionales, una deslegitimación de la institucionalidad colonial y una proliferación de conductas y prácticas tildadas de antisociales (Sierra 2004). En este sentido, puede decirse que el mestizaje, el cambio cultural y las múltiples estrategias de subsistencia, fueron favorables al crecimiento económico pero dentro de un proceso que no facilitó la acumulación y la profundización de un capital social que promoviera el desarrollo.

De una economía de subsistencia a una economía de exportación

Un nuevo proceso de transformación socioeconómica se inicia con el desarrollo de la plantación e industria bananera en la Costa Norte, proceso que conlleva una serie de implicaciones culturales. Desde finales del siglo XIX las compañías norteamericanas invierten capitales en el cultivo y exportación de esta fruta, lo que vendría a convertir al país en lo que se ha llamado despectivamente una "república bananera": un país de instituciones débiles entregada a los intereses del capital foráneo, carente de una oligarquía nacional y con un débil movimiento obrero. Pero al mismo tiempo este proceso supondrá un impulso del país hacia el desarrollo, hacia un aumento en la productividad y transformaciones en la población y en la cultura del mismo.

Con altibajos, la producción minera continuó en el contexto de una sociedad agraria a lo largo del siglo XIX. La Independencia de la Corona española en 1821, la experiencia de la Federación Centroamericana (1829-1842) y su posterior desintegración, representaron algunos cambios en la vida y la cultura política del país, que ocurrieron sin alterar substancialmente las bases de la economía. A finales del siglo XIX, las relaciones con el mercado y los capitales internacionales, que habían venido incrementándose progresivamente, recibirían su impulso decisivo con los reformistas liberales, de forma que entre la década de 1880 y la de 1910 las inversiones norteamericanas en la minería y en la industria bananera rivalizarían por el control de la economía del país. Para la década de 1920 Honduras podía ser considerada como un país dependiente de los intereses norteamericanos y a la vez figuraba ya entre los primeros lugares de países productores de banano, en tanto que la minería de herencia colonial comenzaba a ser relegada a un segundo plano.

La revisión histórica revela que los grupos sociales han ido a la zaga de los procesos económicos y que se han beneficiado tanto como han sido víctimas de ellos. El proceso de transformación de la Costa Norte comenzó lentamente según avanzaba la expansión de la industria bananera, la que al mismo tiempo hacía aumentar de forma creciente la población en el área. Entre 1880 y 1910 las exportaciones de banano compitieron en importancia con las de minerales, pero después de 1919 las primeras aumentaron de forma drástica mientras las segundas se vieron estancadas y comenzaron a descender (véase gráfico 3.1).

El desarrollo de la nueva industria bananera trajo consigo un aumento sustantivo de la población en el país, que pasó de 307,289 personas en 1881 a 1,368,605 en 1950; mientras en el siglo XVIII el crecimiento poblacional no debió ser mayor del 1%, y durante el siglo XIX fue de un 1.4%. Entre 1905 y 1950, que son los años del auge del banano, este crecimiento alcanzó el 2.3% (Meza 1998:20). Esto supone que efectivamente, a pesar de los efectos negativos del expansionismo del capital norteamericano, las condiciones de vida y el bienestar de la población mejoraron en el país en una proporción mayor de la experimentada durante la época colonial.

En este proceso la sociedad hondureña volvió a transformarse profundamente. La población se desplazó hacia las plantaciones bananeras en el norte, que hasta entonces permanecían como una región inhóspita y prácticamente despoblada; las infraestructuras se ampliaron y mejoraron; se abrieron caminos donde antes había senderos, surgieron ciudades donde antes había aldeas, se construyeron puentes, muelles y ferrocarriles, y la sociedad en su conjunto creció y se modernizó. Pero las debilidades que se heredaron de la época colonial hicieron que se perdiera el control del proceso socioeconómico y que no se pudiera consolidar la institucionalidad del país. Las élites locales se fragmentaron y se plegaron a los intereses norteamericanos a cambio de una escasa participación en los nuevos negocios; y las clases trabajadoras, aunque incorporadas pronto a la lucha por mejorar sus salarios, no consiguieron, sino hasta mucho después, que se creara un marco jurídico que garantizara mínimamente sus derechos frente a los intereses del capital.

Como había ocurrido durante el auge minero del siglo XVIII, las personas se volcaron hacia la búsqueda de oportunidades económicas sin cuidarse lo suficiente de fortalecerse comunitariamente; de manera que como país no se tuvo mucho reparo en resguardar los intereses nacionales a mediano y largo plazo. En otras palabras, la consecución del crecimiento económico volvió a lograrse a costa de poner en riesgo la sostenibilidad social, política y cultural del país. Las graves dificultades de los grupos sociales de sobreponerse a sus necesidades económicas inmediatas y de consolidar un proyecto de sociedad con visión de futuro, ponen en evidencia el predominio de una generalizada cultura de subsistencia en el ámbito de los sectores populares y de las élites locales, factor que ha limitado las posibilidades de los propios grupos sociales y del mismo crecimiento económico.

CUADRO 3.1

Población por departamento, 1881, 1905 y 1950

Departamento	Población 1881	Población 1905	Población 1950	Tasa de crecimiento poblacional 1905-1950
Atlántida	Sd	9,199	63,582	5.9
Choluteca	42,781	42,994	107,271	1.5
Colón	6,465	12,230	28,720	1.3
Comayagua	16,311	25,016	68,171	1.7
Copán	32,151	36,477	95,880	1.6
Cortés	Sd	2,022	125,728	61.2
El Paraiso	16,075	37,976	82,572	1.2
Francisco Morazán	59,015	74,324	190,359	1.6
Gracias a Dios	Sd	Sd	6,745	Sd
Intibucá	Sd	24,027	59,362	1.5
Islas de la Bahía	2,834	4,677	8,058	0.7
La Paz	19,829	25,050	51,220	1.0
Lempira	42,630	43,766	90,908	1.1
Ocotepeque	Sd	23,251	45,673	1.0
Olancho	28,150	41,171	83,910	1.0
Santa Bárbara	29,474	34,481	96,397	1.8
Valle	Sd	27,171	65,349	1.4
Yoro	11,574	18,304	98,700	4.4
Total	**307,289**	**482,136**	**1,368,605**	**1.8**

Fuente: Meza 1998.
Nota: Sd = Sin datos.

Una nueva dinámica poblacional: de la fragmentación a la concentración

Uno de los mayores cambios de la primera mitad del siglo XX es el crecimiento poblacional. Hacia la década de los cincuenta se logra superar el millón de habitantes, un cambio muy significativo para la dinámica cultural en Honduras. La población en su conjunto llegó a cuadruplicarse entre 1881 y 1950, y debido al movimiento migratorio interno aumentó especialmente en los departamentos de la zona norte -los cuales presentaron las más altas tasas de crecimiento entre 1905 y 1950, sobresaliendo Cortés (61.2), luego Atlántida (5.9) y Yoro (4.4) (véase cuadro 3.1).

Como puede observarse en el cuadro 3.1, el departamento de Francisco Morazán -que se corres-

CUADRO 3.2

Proporción de la población en lugares de más de 2,000 habitantes (porcentaje de la población total)

Regiones y departamentos	1930	1940	1950
Costa Norte:			
Cortés, Atlántida, Yoro e Islas de la Bahía	42.2	37.8	38.2
Costa Sur:			
Valle y Choluteca	5.4	10.2	8.2
Sierras Occidentales:			
Santa Bárbara y Copán	11.4	9.7	9.2
Sierras Suroccidentales:			
Ocotepeque, Intibucá, La Paz y Lempira	5.9	3.8	3.4
Sierras Centrales:			
Comayagua, El Paraíso, Francisco Morazán y Olancho	35.1	38.5	41

Fuente: Euraque 1996:52-53.

ponde en alguna medida territorialmente con la antigua Alcaldía Mayor de Tegucigalpa- ya para 1950 presentaba la mayor cantidad de población, seguido por el departamento de Cortés que, todavía a principios del siglo, había permanecido muy despoblado. Los departamentos del occidente -Santa Bárbara, Ocotepeque, Lempira, Intibucá, y La Paz-, tradicionalmente indígenas e históricamente los más poblados del país, para el período 1905-1950 presentan tasas de crecimiento similares a los departamentos que al inicio del siglo eran los menos poblados, como son los de Islas de la Bahía, Colón y Gracias a Dios.

Los desplazamientos estimularon procesos de concentración de la población en la Costa Norte, cuyos asentamientos más importantes superaron en pocos años los 2,000 habitantes -cantidad que actualmente sirve de medida para identificar los centros urbanos propiamente dichos. Mientras Tegucigalpa, la principal ciudad beneficiada por el proceso minero, contaba en 1901 con 24,000 habitantes, San Pedro Sula en 1910, a treinta años de iniciada la explotación bananera, contaba con 7,800 habitantes y constituía la segunda ciudad en importancia. Otros centros urbanos para ese mismo año son: Puerto Cortés con 3,858 habitantes, La Ceiba con 2,953, Tela con 2,243, Trujillo con 3,294 e Iriona con 3,358. De modo que el poblamiento de la zona norte albergaba cantidades de la población que en conjunto superaban a la población urbanizada de Tegucigalpa (Meza 1998).

Para 1930 las ciudades de la Costa Norte acogían al 42% de la población total del país que residía en poblados con más de 2,000 habitantes (Euraque 1996:52-53) (véase cuadro 3.2).

Las compañías bananeras costearon campañas de saneamiento y drenaje de la zona norte, que hasta entonces había permanecido deshabitada precisamente por sus condiciones insalubres; instalaron escuelas y centros de salud en algunos poblados, y dieron facilidades, aunque escasas, a los trabajadores para la construcción de viviendas. Comunicaron las plantaciones con una red de ferrocarriles y de caminos (aunque sin un mayor propósito de conexión interurbana), llevaron el telégrafo, instalaron plantas eléctricas, industrias manufactureras de alimentos, jabones, calzado y bebidas, y estimularon un creciente volumen de importaciones comerciales. En este sentido, puede decirse que la industria bananera arrastró consigo un proceso de urbanización que favoreció a los trabajadores con mejores salarios y con el acceso a bienes y servicios, aunque a costa de controlar la economía del país y sus beneficios.

En las ciudades de la Costa Norte, cuya población provenía mayoritariamente de distintas regiones del país, se tejieron nuevas redes de relaciones sociales sobre la base de la cultura común y bajo la influencia estadounidense (omnipresente en la vida cotidiana, en las técnicas y los modelos de trabajo, y a través de las mercancías industriales). De modo que mientras las compañías bananeras promovían parcialmente el arribo de la sociedad hondureña a una cultura urbana e industrial, igualmente sucedía un cierto proceso de estandarización que provocaba la pérdida de particularidades tradicionales.

Las compañías establecieron formas de contratación y de relaciones laborales de acuerdo con sus propios intereses que, aunque en materia de salarios mejoraban substancialmente la oferta en el país, perseguían primordialmente garantizar la disponibilidad de la mano de obra en las plantaciones y en las industrias, sin comprometerse a propiciar un marco de derechos que fortaleciera la institucionalidad social.

De manera general, la urbanización, manejada dentro de ciertos límites, favorece tanto el crecimiento económico como el aumento de la calidad de vida de las personas. Las ciudades facilitan los contactos interpersonales, los intercambios de bienes e información, las relaciones de colaboración y complementariedad, la organización, el gobierno, el ahorro de esfuerzos y recursos, la comunicación, el transporte, la dotación de servicios públicos, etcétera. Pero, a la vez, las ciudades que crecen desordenadamente, por el rápido aumento de la población debido a las migraciones, provocan el desarraigo y la ruptura de vínculos familiares y culturales. Con esto se da una fractura a las condiciones que pueden favorecer la cohesión del tejido social, más allá del tipo de integración que generan las relaciones de mercado.

Modernización y cambios hacia la sociedad actual

Con las plantaciones bananeras se inició un proceso de modernización y de cambios socioculturales en el país. Sin embargo, será hasta la década de los cincuenta del siglo XX cuando se impulse otra ola modernizadora que tuvo mayor alcance en la conformación sociocultural del país.

La sociología hondureña caracteriza este nuevo proceso de modernización como el paso de un Estado liberal, preocupado sólo por la construcción de obras de infraestructura, a un "Estado interventor", que participa directamente en el desarrollo económico. Este tipo de Estado promueve el desarrollo del capital en el agro e impulsa la creación de complejos agroindustriales que llevan a la consolidación de nuevos sectores de la burguesía agraria. Siguiendo los patrones de Centroamérica en la postguerra mundial, la estructura productiva del agro va a sufrir un proceso de diversificación al desarrollarse nuevos productos de exportación como el café, carne, algodón y caña de azúcar, disminuyendo así la importancia relativa de la exportación bananera (Cfr. Posas y Delcid 1981).

El Estado interventor promueve la construcción de obras de infraestructura vial en torno a la actividad productiva, que penetra no sólo en el sector agrícola sino también en la industria, y se crean una serie de instituciones autónomas y semiautónomas para estimular el proceso y para garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo requerida. Este proceso de modernización económica se vio obstaculizado en Honduras por la deficiente red de carreteras necesarias para la circulación de mercancías y la integración del mercado interno, y por el insuficiente abastecimiento y alto costo de la energía eléctrica. Para enfrentar estos obstáculos el Estado se embarca en la tarea de construcción y pavimentación de carreteras, y propicia la creación de un ente autónomo para producir energía eléctrica, con logros importantes, pero sin dejar aún de ser parciales.

Un punto a destacar es el hecho de que hasta 1950, Honduras seguía siendo un conglomerado de regiones relativamente aisladas, aun cuando se había iniciado un proceso de urbanización y modernización. Por lo común, las élites rurales vivían cerca de sus propiedades, sin mayor distingo social respecto de los campesinos pobres de las comunidades.

En este marco se desarrolló en el país un tipo de estructura social jerárquica tradicional dicotomizada: la élite letrada, urbana, técnicamente más preparada, que incluía la élite rural definida culturalmente como "dirigente"; y, la gran masa de status socio-económico subordinado (campesinos en su mayor parte). Según la mentalidad instituida por las élites, el sector campesino no estaba interesado en mejorar su condición social, no era capaz de participar en el "manejo" del país y, por lo tanto, no necesitaba educación. La comunicación entre el sector técnico-urbano y el campesino se efectuaba por medio de una jerarquía de intermediarios -latifundistas, clero, políticos, comerciantes y burocracia gubernamental- que transmitían la información y los valores sociales del sector técnico-urbano al campesino, por medio de una escala descendente de complejidad, de modo que el campesino compartiera los mismos asuntos culturales pero con mucho menos información. En este sistema de comunicación influyó el que los campesinos mantuvieran signos manifiestos de dependencia (White 1976:32).

En la comunidad rural, la base del poder social estaba en la capacidad para obtener la sumisión de los demás mediante el control de los recursos estratégicos, principalmente la tierra. Por lo general, ciertas familias que llegaban primero a un valle del altiplano, alcanzaban un excedente económico con el que podían formar un capital básico y mantener un estándar de vida cómodo dentro del contexto de la comunidad rural. A medida que crecía la población, los agricultores medianos (dueños de 36 a 200 hectáreas) arrendaban tierras a los desposeídos, prestaban dinero o alimentos a aquéllos cuya producción de subsistencia (dueños de cinco hectáreas o menos) no les alcanzaba para el año, y les proporcionaban trabajo en calidad de "favor"; todo esto acrecentó su poder económico (White 1976).

Sin embargo, la forma más directa de poder social en el ámbito rural consistía en ocupar una posición de centralidad en la red de comunicación dentro de la comunidad. El personaje principal de la familia dominante se convertía en patriarca de la comunidad: el compadre preferido para bautismos, el consejero y defensor de los demás ante los juzgados en caso de apuros con la ley y con los jefes políticos. Éste era también quien ayudaba a los parientes más pobres en épocas de crisis y el centro de toda reunión formal o informal.

Por tradición, durante el siglo XX en Honduras existieron dos tipos esenciales de liderazgo formal en la comunidad rural: el representante local del partido político, encargado de movilizar el apoyo popular, quien era a su vez galardonado con favores políticos y puestos en el municipio; y los patronos de fiestas religiosas, que dirigían las oraciones en las asambleas de los ritos funerarios y las devociones a los santos, siendo éste uno de los principales agentes en el campo religioso y en la cultura tradicional. Estas posiciones formales han sido ocupadas generalmente por individuos de las familias con más poder económico. Las figuras patriarcales eran también las que patrocinaban la construcción de pequeñas capillas de adobe y otros proyectos

CUADRO 3.3

Población rural y crecimiento urbano en algunos países latinoamericanos

País	Población rural (% del total) 1960	1993	2000	Crecimiento poblacional anual urbano (%) 1993-2000
Argentina	26	12	11	1.5
Chile	32	16	15	1.6
Colombia	52	28	25	2.2
Panamá	59	47	45	2.4
Brasil	55	23	19	2.4
Venezuela	33	8	6	2.5
México	49	26	22	2.5
Perú	54	29	25	2.5
Ecuador	66	43	38	3.3
Costa Rica	63	51	47	3.3
Bolivia	61	41	35	3.9
Guatemala	68	59	56	4.1
Nicaragua	60	38	34	4.3
Honduras	**67**	**57**	**56**	**4.4**

Fuente: Berdegué 2000.

comunales de tipo tradicional en el campo: cementerios, escuelas, carreteras (White 1976:32). Era frecuente que la toma de decisiones colectivas dependiera directamente, o estuviera influenciada por estas personas dominantes, a causa del papel central que desempeñaban.

En términos socioculturales, con la modernización impulsada en los años cincuenta se sucedieron colateralmente fenómenos de desarraigo que adoptaban la forma de la disgregación social, al verse roto el vínculo fundado en el modo de lo comunitario o tradicional y no encontrarse alternativa al respecto. Hay que mencionar, en primer lugar, la migración interna en Honduras. Así, llama la atención el aumento acelerado del crecimiento urbano en el período 1961-1974, pues hasta 1960 Honduras se había caracterizado por ser un país eminentemente rural.

Entre la urbanización acelerada y la persistencia del *ethos* rural

Analizar la cultura hondureña a principios del siglo XXI implica pensarla en el contexto de dos fenómenos esenciales que están ocurriendo en el mundo: la revolución organizada en torno a las tecnologías de información y comunicación que abre la nueva era de la información; y, el camino hacia la urbanización generalizada. Se observa la tendencia de la mayoría de la población a vivir en áreas urbanas, mientras que las áreas rurales pasan a formar parte del sistema de relaciones económicas, políticas, culturales y de comunicación, organizado a partir de los centros urbanos (Castell y Borja 2002, Anderson 1993).

Hoy en día, los fenómenos de la urbanización y la ruralización están influidos por la existencia específica de modos de vida mediatizados por las tecnologías de la información. Lo urbano se caracteriza, entre otros rasgos, por la transitoriedad, la superficialidad en las relaciones interpersonales, el anonimato, el individualismo, y la estandarización de códigos básicos de la urbanidad.[4] Lo rural, por otra parte, se identifica más con la vida en comunidad, las relaciones interpersonales matizadas por vínculos de parentesco, una moral rígida y vertical, una actitud para el trabajo vinculada a su relación con el hábitat, la permanencia de la tradición, y el predominio de la estructura patriarcal del poder, de la propiedad y de la herencia (Anderson 1993).

Parece haber una oposición entre los modos de vida rural y urbano, que surge cuando el proceso de urbanización ha implicado la modificación del modo de vida y el involucramiento de lo rural en un proceso cada vez más expansivo. Entonces, surgen las discriminaciones, las exclusiones, y lo que se puede denominar *excepcionalismo social*,[5] bajo el predominio de lo urbano sobre lo rural. De esa manera, el ruralismo como estilo de vida tiende a desaparecer y va siendo reemplazado por la presión del urbanismo. Ahora bien, este proceso tiene implicaciones en doble vía, puesto que la urbanización acelerada y precaria está sujeta a lo que se aprecia como una continuidad de algunos rasgos de la forma de vida rural dentro de las ciudades, especialmente en los barrios más postergados (véase el recuadro 3.2).

Un nuevo proceso de urbanización

En la dinámica entre la población rural y urbana, se puede apreciar que Honduras es uno de los países de Latinoamérica que tiene una alta tasa de urbanización. A diferencia de otros, que han bajado su ritmo de crecimiento poblacional de las ciudades, en Honduras se ha incrementado a las más altas en la actualidad (Berdegué 2000). En el cuadro 3.3 se ilustra la tasa de crecimiento para la región entre 1993 y 2000, y se aprecia cómo ha sido el decrecimiento de la población rural. En el resto de América Latina las tasas varían entre 1.9 de Argentina y 3.9 de Bolivia. Entre los países centroamericanos puede mencionarse Guatemala y Nicaragua entre el rango de 4.1 y 4.3, mientras que Honduras presenta la más alta con un valor de 4.4.

El proceso de urbanización en Honduras se ha caracterizado inicialmente por la concentración de población en las dos ciudades principales, Tegucigalpa y San Pedro Sula, originada principalmente por un éxodo poblacional hacia las mismas. Este movimiento, a su vez, ha sido relativamente tardío (INE 2003d:20).

RECUADRO 3.2

De lo rural a lo urbano

Desde que la sociedad industrial se definió como un proceso civilizatorio, uno de cuyos elementos fundamentales fue la urbanización, *lo rural* nunca se ha definido, quedando como residuo de *lo-que-aún-no-es-urbano*. Del mismo modo que desde que hace algo más de un siglo se inició la reflexión sociológica sobre las consecuencias de la Revolución Industrial, con su acumulación de masas de población en las ciudades (lo que vulgarmente se asimila al proceso de urbanización), la dicotomía se viene planteando en términos de polarización y luego de oposición. Pero, sobre todo en el marco general del positivismo que desde su origen caracterizó al pensamiento sociológico, se ha venido tratando el tema en términos de sucesión histórica de etapas, y en consecuencia de jerarquización: si la revolución industrial traía el progreso económico a las sociedades, la urbanización conllevaba el progreso social. Esta valorización no ha sido siempre explícita, pero ha estado desde luego latente en la gran teoría (al menos en Spencer, Durkheim, Simmel, Töennies o Redfield). Así se hablase de solidaridad mecánica o solidaridad orgánica, de comunidad o asociación, de lo *folk* y lo *urban*, etc., aún cuando se manifestara cierta preocupación por el tipo de desórdenes sociales provocados por la urbanización, se estaba poniendo en lo alto de la escala a lo urbano, y en lo más bajo a lo rural.

Desde el origen mismo de las ciudades, éstas supusieron un avance objetivo hacia formas de organización social más democráticas, y basadas en el imperio de la ley. Se ha atribuído repetidamente a Marx una frase que Weber rescató de la puerta principal de una vieja ciudad alemana: "El aire de la ciudad nos hace libres" (Weber 1987:40). La ciudad ha posibilitado una acumulación de capital y una concentración demográfica que ha hecho factible un incremento de la creatividad social. Y se ha puesto en la ciudad el origen de la democracia, ya desde la polis griega.

En los términos que estamos viendo, la definición e identificación de lo rural y lo urbano ha sido relativamente simple; tan simple que, durante siglos, ha llevado a la construcción de toda una mitología que de forma recurrente reverdece, en torno a la Arcadia pastoril y campesina. Pero en la actualidad las cosas no son tan sencillas. El proceso de urbanización dejó de ser hace mucho tiempo un mero proceso cuantitativo, de mera acumulación demográfica en torno a una acumulación de recursos, para pasar a ser un proceso de carácter cualitativo. Si los sociólogos han hablado de la urbanización como modo de vida (como hizo Wirth), es porque ya no puede verse en términos de acumulación exclusivamente, sino en cuanto extensión de estilos culturales, de modos de vida y de interacción social. Es decir, lo urbano ya no está únicamente en las ciudades. Cuando se ha hablado de la urbanización del mundo campesino (Lefebvre 1969, Gaviria 1975, Baigorri 1980b y Baigorri 1983), se ha querido expresar ese proceso que entonces se veía como de colonización cultural, y que no es en realidad sino la extensión del núcleo civilizatorio -capitalista e industrial durante los siglos XIX y XX- a la totalidad del territorio social.

Pues la urbanización es un proceso indisociable de la revolución industrial y el capitalismo, de forma que únicamente allí donde las formas de intercambio y de relación no sean de tipo capitalista, podríamos hablar tal vez de cultura rural, es decir, preindustrial, y, en este sentido, precapitalista. Pero "allí donde triunfan el intercambio de mercancías, el dinero, la economía monetaria y el individualismo la comunidad se disuelve, es reemplazada por la exterioridad recíproca de los individuos y el 'libre' contrato de trabajo" (Lefebvre 1971:27). Donde algunos veían únicamente -o nada menos que- la desaparición física del campesinado como grupo social (Barón 1971), debía entenderse la desaparición de una cultura, no de un colectivo social y productivo.

Esta tesis de Lefebvre (en Simmel y Toënnies) es en realidad, ni más ni menos, la apreciación de Marx en el Manifiesto Comunista de que el capitalismo "ha sometido el campo a la ciudad" (Marx 1971:336). Y no sólo por el mero efecto de la concentración demográfica, sino también por la ruptura de las relaciones sociales y de producción tradicionales. A siglo y medio del Manifiesto, ¿qué puede significar hoy esa polaridad rural-urbano, en un planeta donde se ha hablado ya de metrópolis, luego de megalópolis, y últimamente de ciudades-mundo? Cuando se plantea la existencia de cuatro o cinco ciudades-mundo que constituyen el auténtico centro económico e intelectual del planeta (Jones 1992:29-33), e incluso apunta el surgimiento -más hipotético que real- de las tecnópolis, como quintaesencia de las ciudades-mundo (Castells-Hall 1994), ¿qué sentido tiene hablar de lo rural y lo urbano como categorías con vida propia?.

Podemos echar mano de definiciones, pero ninguna sirve, salvo como frágil muleta para mantener ficciones epistemológicas, supuestos campos científicos que no son sino refugio de nominalismos: sociología rural, sociología urbana, geografía rural, geografía urbana, ordenación rural, ordenación urbana... y ahora hasta turismo rural. Los institutos de estadística, para censar y cuantificar a la población, hablan de zonas rurales, zonas intermedias y zonas urbanas, sin otro criterio, como en casi todos los países, que el tamaño demográfico. Sin embargo, en las áreas metropolitanas existen municipios clasificados como rurales que son dormitorios de la metrópoli. Y en el centro mismo de la metrópoli hemos tenido ocasión de hacer sociología rural, y hasta proponer un Programa de Desarrollo Agrario (Baigorri y Gaviria 1984b). En el entorno de todas las ciudades hallamos este tipo de situaciones en las que la definición podría llevar a discusiones inacabables; del mismo modo que podríamos plantearnos hasta qué punto son urbanas, si tenemos en mente las tipologías de Hall, muchas de nuestras pequeñas ciudades, incluso capitales provinciales. Y la cuestión no es baladí, por cuanto la arbitraria clasificación que hacen los centros de estadística dificulta seriamente, en la actualidad, la realización de análisis más afinados de la realidad social. En el fondo ocurre que la dicotomía no nos sirve, por lo que tendríamos que hablar, efectivamente, de gradaciones, de un continuum que iría desde lo más rural -o menos urbanizado- a lo más urbano -o menos rural.

Sin embargo, resulta difícil fijar las variables que nos permitan establecer esa gradación y situar empíricamente un objeto de investigación dado en una supuesta escala. De Redfield a hoy la atribución de un mayor o menor grado de ruralidad/urbanidad se hace, básicamente, de un modo más intuitivo que científico. Y ello es así a causa de uno de los déficit que ha esterilizado tanto la Sociología Rural como la Urbana: la desatención de la forma. Una y otra se han ocupado de estructuras, a lo sumo de funciones; desaprovechando así tanto el rico manantial, precipitadamente atrofiado, de la Ecología Humana, como las aportaciones de ciencias hermanas como la Geografía. Sólo el análisis de las formas de agrupación e interrelación social en el espacio puede ayudarnos a matizar esa gradación, siéndonos más fácil a partir de ahí el localizar vectores más estrictamente sociológicos. Así, el concepto francés más espacial de *rurbanización* (Bauer y Roux 1976) es previo y mucho más rico que el anglosajón, más estructural -e incluso más sociológico- de *conmuterización* (Newby 1980); y, desde luego, resulta imprescindible para explicar los cambios estructurales que han caracterizado a los procesos que determinan la urbanización global del territorio.

Fuente: Baigorri 1995 (extracto).

El grado de urbanización en el país se ha ido acentuando con el transcurso del tiempo. Para 1988 la población urbana era de un 42% y la rural del 57.8%. En el año 2001 el segmento urbano poblacional creció a un ritmo acelerado de un 3.4%, tasa superior a la demográfica (2.8); tal crecimiento significó que ahora el volumen poblacional de residentes urbanos sea del 46% frente a un 54% que reside en áreas consideradas rurales.

Al analizar el incremento de la población y su distribución en los 18 departamentos para el período intercensal (1988-2001), se verifica que los departamentos con mayores tasas de crecimiento urbano son los que se encuentran en la costa norte del país (véase cuadro 3.4). Entre ellos sobresalen Gracias a Dios (7.7%), Colón (5.7%), Cortés (5.2%) y Atlántida (4.9%). No obstante, la urbanización no

CUADRO 3.4

Distribución de la población por departamento según dominio urbano-rural (%) y tasa de crecimiento poblacional, 1988 y 2001

	Distribución de la población por dominio (%) 1998		Distribución de la población por dominio (%) 2001		Tasa de crecimiento			Principales ramas de actividad económica, 2001
Departamento	**Urbano**	**Rural**	**Urbano**	**Rural**	**Urbano**	**Rural**	**Total**	
Atlántida	5.4	5.3	6.5	4.0	4.9	0.0	2.5	Agricultura, comercio, servicios sociales, industria
Colón	1.9	4.4	2.6	4.4	5.7	2.2	3.2	Agricultura, comercio, servicios sociales, industria
Comayagua	5.3	5.4	4.4	6.3	2.1	3.3	2.8	Agricultura, comercio, servicios sociales
Copán	3.5	5.9	2.5	6.2	0.9	2.5	2.1	Agricultura, comercio, servicios sociales
Cortés	22.4	9.2	28.2	8.7	5.2	1.8	4.1	Industria manufacturera, comercio, agricultura
Choluteca	4.2	8.4	3.6	8.0	2.2	1.8	1.9	Agricultura, comercio, servicios sociales
El Paraíso	3.4	7.4	2.8	7.6	2.1	2.4	2.3	Agricultura
Francisco Morazán	32.6	7.9	30.1	8.1	2.8	2.4	2.7	Agricultura, comercio, servicios sociales, industria manufacturera
Gracias a Dios	0.2	1.2	0.3	1.4	7.7	3.4	4.0	Agricultura
Intibucá	1.2	3.9	0.8	4.6	0.6	3.4	4.0	Agricultura
Islas de la Bahía	0.4	0.5	0.5	0.5	4.7	1.8	3.1	Comercio, servicios sociales
La Paz	1.4	3.1	1.0	3.6	1.2	3.3	2.9	Agricultura
Lempira	1.0	6.1	0.4	7.1	-3.4	3.3	2.8	Agricultura
Ocotepeque	1.1	2.0	0.6	2.6	-1.2	3.9	2.8	Agricultura
Olancho	3.7	8.3	3.5	8.7	2.9	2.6	2.7	Agricultura, comercio, servicios sociales
Santa Bárbara	3.6	8.2	2.9	7.5	1.7	1.5	1.5	Agricultura, comercio, servicios sociales
Valle	1.9	3.2	1.5	3.0	1.6	1.6	1.6	Agricultura, comercio, servicios sociales
Yoro	6.0	8.6	6.8	7.6	4.4	1.2	2.5	Agricultura, comercio, servicios sociales, industria
Honduras	**100%**	**100%**	**100%**	**100%**	**3.4**	**2.2**	**2.8**	
(Número de personas)	1,792,757	2,455,894	2,794,952	3,281,933				

Fuente: Elaboración propia con base en DGEC 1988 e INE 2001b.

se puede explicar sólo en función de una tasa de crecimiento de áreas así clasificadas por el tamaño poblacional. El decir que dicha tasa es alta o baja debe ser complementado con el análisis de los procesos económicos y sociales que han marcado el desenvolvimiento del país.

Haciendo una relación entre el crecimiento urbano y el crecimiento económico, los datos del cuadro 3.4 revelan que en un departamento de alto dinamismo económico y alto crecimiento urbano como Cortés, las principales ramas de actividad son la industria manufacturera, el comercio, los servicios sociales y la agricultura; lo cual ratifica la relación entre urbanización y predominio de actividades terciarias y secundarias (servicios, comercio y manufactura).

Similar tendencia muestran Atlántida y Colón. En el primero predomina el sector primario (agricultura) pero la diferencia radica en que el tipo de productos que se cultiva es para exportación, por lo que requiere una mayor modernización tecnológica. En relación con los departamentos que presentan menor proceso de urbanización, como son Copán e Intibucá, estos se caracterizan por tener una estructura productiva primaria, lo cual apunta hacia una relación inversa entre el sector primario y la urbanización: a mayor actividad agrícola menor urbanización. En los casos de Lempira y Ocotepeque existe un decrecimiento en sus tasas de urbanización, lo cual puede ser asociado con las migraciones.

Otro dato interesante resulta de relacionar la actividad económica y la tasa de urbanización en Francisco Morazán. En este departamento el sector predominante es el terciario; sin embargo, dado el peso del sector secundario y primario, se puede decir que existe mayor diversificación económica y confirma una orientación moderna.

Se puede inferir, de acuerdo con los resultados del Censo, que el crecimiento de la población urbana a expensas de la rural es un fenómeno que se asocia con la industrialización, por lo que existe una relación directa entre las actividades modernas de la economía (comercio, servicios, industrias, transporte) y el grado de urbanización. En los departamentos de mayor crecimiento urbano predominan actividades modernas (sector secundario y terciario); en los departamentos con menor urbanización la relación es inversa, a mayor predominancia de actividad agrícola con escaso valor agregado, menor urbanización -o mejor dicho, mayor ruralidad.

La educación y el empleo: elementos diferenciadores

Uno de los factores asociados con la diferenciación entre lo urbano y lo rural se puede observar por medio de los departamentos con rezago educativo, por cuanto en ellos es donde hay una menor proporción de población urbana (véase cuadro 3.5 y gráfico 3.2). Los departamentos con las menores tasas de analfabetismo (incluso por debajo del promedio nacional) son los que tienen mayor proporción de población urbana: Atlántida, Cortés, Francisco Morazán e Islas de la Bahía. Los departamentos más rurales son los que tienen las tasas de analfabetismo más altas (Lempira, Intibucá, Copán).

El área rural está afectada por tasas de analfabetismo muy altas en todos los departamentos. Aun los departamentos con tasas bajas de analfabetismo están implicados en el rezago educativo nacional porque sus áreas rurales reflejan el retraso que impera en el resto del área rural a nivel nacional. El área rural en promedio tiene la mitad de años de escolaridad que tiene el área urbana, lo que refleja una desigualdad sustancial.

Las características de la administración del territorio nacional tienden a reforzar esos procesos que se dan entre rezago educativo y urbanización acelerada. Honduras se administra territorialmente con una división política de 18 departamentos, que a su vez se dividen en municipios, los cuales suman en la actualidad 298. El área rural dentro de esa división política territorial está agrupada en 3,828 aldeas y 30,810 caseríos (INE 2001a). Los caseríos son unidades más pequeñas que conforman territorialmente las aldeas. En el país se da una gran dispersión de la población, lo cual dificulta su acceso a los proyectos sociales y a la infraestructura que viabilice su conexión directa con los procesos urbanos.

Por esas razones, pese a los avances, el área rural todavía tiende a mantenerse fragmentada y sus vínculos con la urbanización se desfiguran en las comunidades aisladas. En el área urbana, por el contrario, sin perjuicio de los problemas que conlleva la urbanización desordenada, los barrios están aglomerados, situación que facilita la provisión de servicios públicos, el acceso a la esfera política y económica y la estandarización del modo de vida.[6]

Esta fragmentación del territorio viene de antaño, como lo expresa la siguiente cita al resumir, en cierta medida, el estado social de la provincia de Honduras al momento de la independencia:

> Geográficamente desarticulada, sub-ocupada, poco poblada, hombres de magros recursos,

CUADRO 3.5

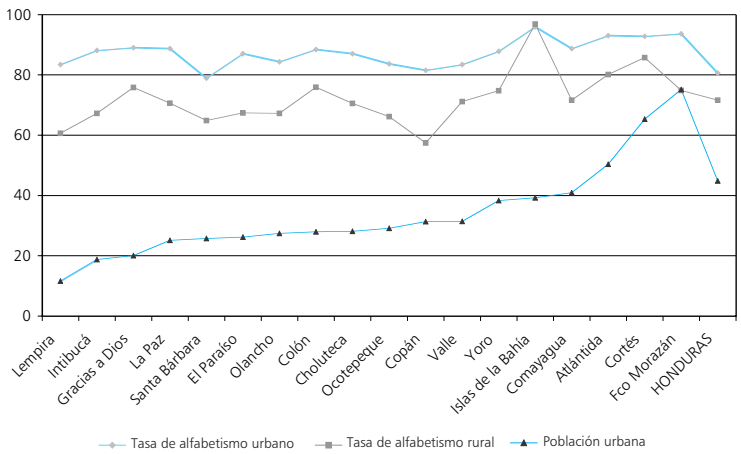
Tasa de analfabetismo (%) y años de estudio promedio por estrato según departamento, 2001

Departamento	Total urbano		Total rural		Total Honduras	
	Tasa de analfabetismo	Años de estudio	Tasa de analfabetismo	Años de estudio	Tasa de analfabetismo	Años de estudio
Atlántida	7.0	8.3	19.9	5.2	14.2	6.9
Choluteca	11.6	7.4	24.1	4.8	22.3	5.6
Colón	11.3	7.6	28.4	4.3	20.9	5.8
Comayagua	18.5	6.4	42.6	3.1	34.2	4.3
Copán	7.2	8.0	14.3	5.5	11.0	7.2
Cortés	13.0	7.7	29.5	4.5	25.7	5.4
El Paraíso	13.0	7.3	32.6	4.0	27.2	4.9
Francisco Morazán	6.4	9.3	25.2	5.0	10.9	8.3
Gracias a Dios	11.0	6.9	24.2	5.0	22.0	5.4
Intibucá	11.9	7.8	32.8	4.2	28.5	4.9
Islas de la Bahía	4.1	7.8	3.2	7.4	4.3	7.6
La Paz	11.3	7.9	29.4	4.3	24.6	5.3
Lempira	16.6	7.0	39.4	3.4	36.5	3.9
Ocotepeque	16.4	6.8	33.9	3.8	28.8	4.7
Olancho	15.7	7.2	32.8	4.1	28.4	5.1
Santa Bárbara	21.1	6.3	35.2	4.0	32.4	4.6
Valle	16.6	7.2	28.9	5.2	25.3	5.8
Yoro	12.2	7.3	25.3	4.6	21.2	5.7
Honduras	**9.4**	**8.1**	**28.4**	**4.5**	**20.0**	**6.2**

Fuente: INE 2001a.

GRÁFICO 3.2

Tasa de alfabetismo y la población urbana, 2001 (%)



Fuente: Elaboración propia con base en INE 2001a.

> desperdigados en núcleos de población aisladas, privados de tradiciones culturales y generalmente ignorantes debido a la inexistencia de un sistema publico de educación [...] se heredan unos mosaicos de comarcas muy contrastadas que se ignoraban entre si (D´ans 2002:106).

Otro mecanismo que posibilita las mezclas de ruralismo y urbanismo es la transformación económica que abarca el área rural y que se refleja en Honduras. Existe un crecimiento significativo de las actividades no agrícolas en el campo que se expresa en la aparición de la demanda de bienes y servicios de maquinaria, comercio de insumos para la producción, talleres y transportistas, entre otros. La población rural en si demanda bienes y servicios, tales como el comercio minorista, talleres de costura, y transporte. Por otra parte, la población urbana demanda bienes y servicios no agrícolas, generados por el sector rural de turismo, artesanías, servicios domésticos de fin de semana, y restaurantes. Los servicios públicos en zonas rurales generan empleo para profesores, construcción, reparación de infraestructura, y empleos municipales. También las ciudades crecen hacia los entornos rurales, generando demanda de construcción, servicios, comercio e industria (Berdegué et. al. 2000). Esto significa que el agente económico del sector rural, el campesinado, ya no es el elemento unidimensional de la actividad agrícola tradicional de subsistencia, porque ha derivado en un agente multifuncional.

Se puede contrastar las áreas urbana y rural a partir de las ramas de actividad económica que se desenvuelven en la actualidad (véase cuadro 3.6). Comparando la rama de actividad a la que se dedica la población ocupada en las áreas urbanas y rurales, se observa que en la urbana la ocupación se concentra en el rubro de comercio, hoteles y restaurantes; en segundo lugar, la industria y manufactura y, en tercer lugar, el área de servicios comunales, sociales y personales. En el área rural la ocupación prevalece en los rubros de agricultura, silvicultura, caza y pesca, y se observa que existe una brecha entre estos rubros y el segundo grupo de rubros (comercio, hoteles y restaurantes). Además, en el área rural, que tradicionalmente se ha definido solamente por sus actividades agrícolas, llama la atención que casi el 9% de la población ocupada se encuentra en las industrias manufactureras.

Se observa un cierto traslape entre las áreas rural y urbana en cuanto a las ramas de actividad: por un lado, en el área urbana existe una mayor diversificación de las actividades económicas, pero sin un gran predominio de lo que puede considerarse tradicionalmente urbano; mientras que en la zona rural, aunque el rubro tradicional de la agricultura sigue predominando, también se da la presencia de la industria, la manufactura, el comercio y los servicios. Por lo tanto, hoy en día lo rural no puede identificarse exclusivamente con las actividades agrícolas, dado que en el medio rural se están operando transformaciones en las relaciones de producción a partir de una reconfiguración del uso y tenencia de los factores productivos (Wilches s.a.).

Al comparar la población ocupada desagregada por sexo, se ve que en el área urbana tanto hombres como mujeres están ubicados mayoritariamente en la industria, comercio y servicios. Los hombres en el área rural están ubicados de manera mayoritaria en actividades agrícolas, y en la zona urbana se dedican más al comercio, hoteles y restaurantes e industrias manufactureras. Por su parte, se evidencia que la mujer, tanto en el área urbana como en la rural, se encuentra sobre todo en los rubros de comercio, hoteles y restaurantes e industrias manufactureras. Una mayor proporción de mujeres participa en actividades no agrícolas, que son las que están conectando el área rural con la urbana.

Uno de los factores que facilita la compenetración entre lo urbano y lo rural es el crecimiento de relaciones salariales tanto en el campo como en la ciudad (véase cuadro 3.7). Se observa que del total de personas ocupadas en ambas áreas, la urbana tiene 66.0% de asalariados y la rural 51.7%, y esta es una característica de los procesos de urbanización en la medida en que las relaciones salariales son empujadas desde las ciudades. Por otro lado, el área urbana tiene 34% de trabajadores por cuenta propia y el área rural 48.3%, datos que reflejan

CUADRO 3.6

Honduras: número de personas ocupadas por sexo según área geográfica y rama de actividad económica, 1998

Rama de actividad (urbana)	Hombre Número	%	Mujer Número	%	Total Número	%
Comercio, hoteles y restaurantes	157,863	27.8	180,259	41.3	338,123	33.7
Industrias manufactureras	121,692	21.4	88,505	20.3	210,196	20.9
Servicios comunales, sociales y personales	45,483	8.0	77,792	17.8	123,276	12.3
Administración pública y defensa	33,285	5.9	55,016	12.6	88,301	8.8
Agricultura, silvicultura, caza y pesca	65,858	11.6	8,769	2.0	74,627	7.4
Construcción	62,927	11.1	1,371	0.3	64,297	6.4
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	45,962	8.1	5,282	1.2	51,244	5.1
Establecimientos financieros y seguros	32,529	5.7	18,370	4.2	50,899	5.1
Electricidad, gas y agua	1,857	0.3	69	0.0	1,925	0.2
Explotación de minas y canteras	966	0.2	748	0.2	1,714	0.2
Total urbano	**568,422**	**56.6**	**436,181**	**43.4**	**1,004,602**	**100.0**
Rama de actividad (rural)						
Agricultura, silvicultura, caza y pesca	698,130	80.4	51,326	19.6	749,456	66.3
Comercio, hoteles y restaurantes	46,025	5.3	115,712	44.1	161,738	14.3
Industrias manufactureras	57,907	6.7	40,291	15.4	98,198	8.7
Servicios comunales, sociales y personales	11,319	1.3	35,986	13.7	47,305	4.2
Construcción	35,459	4.1	0	0.0	35,459	3.1
Administración pública y defensa	6,626	0.8	16,161	6.2	22,787	2.0
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	8,832	1.0	2,102	0.8	10,934	1.0
Establecimientos financieros y seguros	3,161	0.4	903	0.3	4,064	0.4
Explotación de minas y canteras	867	0.1	0	0.0	867	0.1
Total rural	**868,326**	**76.8**	**262,481**	**23.2**	**1,130,808**	**100.0**

Fuente: Elaboración propia con base en BCH 1998.

CUADRO 3.7

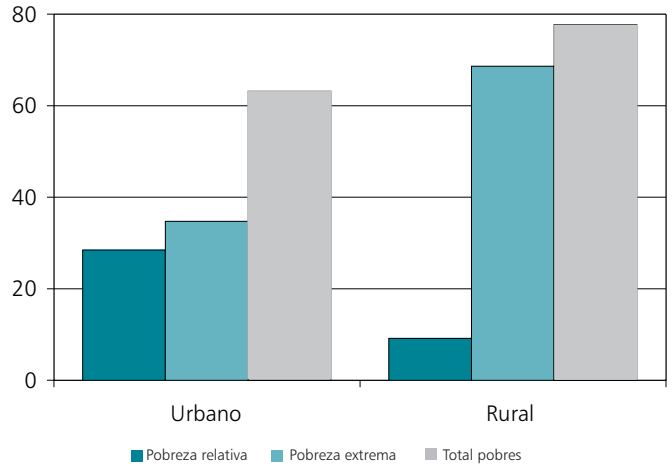
Honduras: número de personas ocupadas por sexo según área geográfica y categoría ocupacional, 1998

Area geográfica y categoría ocupacional	Hombre Personas	%	Mujer Personas	%	Total Personas	%
Total urbano	**539,989**	**100.0**	**412,565**	**100.0**	**952,754**	**100.0**
Asalariados	356,222	66.0	241,602	58.6	597,949	62.8
Cuenta propia	183,767	34.0	170,963	41.4	354,805	37.2
Total rural	**690,139**	**100.0**	**237,135**	**100.0**	**927,474**	**100.0**
Asalariados	356,519	51.7	87,078	36.7	443,685	47.8
Cuenta propia	333,621	48.3	150,057	63.3	483,790	52.2
Honduras	**1,230,128**		**649,700**		**1,880,228**	

Fuente: DGEC 1998.

GRÁFICO 3.3

Proporción de personas que vive en pobreza y pobreza extrema a nivel nacional, por dominio urbano y rural, 2003 (%)



Fuente: Elaboración propia con base en INE 2003a.
Nota: Pobreza relativa se refiere a las personas que tienen ingresos correspondientes a una canasta básica de alimentos por mes, mientras que pobreza extrema se mide por acceso a suficiente ingreso para comprar una canasta básica de alimentos y servicios cada mes.

los procesos rurales productivos, especialmente los derivados de la economía de subsistencia.

La urbanización implica cambios básicos en el pensamiento y el proceder de la gente, así como un cambio de los valores sociales. No sólo supone un cambio individual o colectivo de una especie de trabajo a otra, sino que implica cambios en la actitud hacia el trabajo y significa entrar en una nueva y siempre cambiante división del mismo. Lo que refleja el cuadro 3.7 es una tensión entre la presencia del trabajo por cuenta propia que alimenta la economía transitoria de un sector de la población que se está integrando a la ciudad y, por otro lado, el crecimiento de las relaciones salariales en el campo.

El proceso de modernización supone el crecimiento de las relaciones salariales en la ciudad como una característica propia, y la ampliación de éstas en el área rural, como una expresión de la expansión de los mecanismos de urbanización nacional. Sin embargo, la permanencia de un alto porcentaje del trabajo por cuenta propia, supone que, aparte de los factores estructurales y sistémicos que influyen en el tipo de trabajo disponible, los mecanismos interiorizados del área rural no han sido abandonados y hay ciertas preferencias por el trabajo a cuenta propia (véase capítulo 4). Puede decirse, entonces, que en Honduras hay indicios que hacen pensar en que las actitudes hacia el trabajo mantienen rasgos del *ethos*[7] rural original, las cuales contrastan con la dinámica de división del trabajo que caracteriza a las sociedades modernas.

La pobreza en el continuum rural-urbano

En Honduras, un 71.1% de la población se encuentra en una situación de pobreza. De la población rural, el 77.7% son pobres, y en la urbana esta proporción es de un 63.1% (véase gráfico 3.3); de modo que, tanto el área urbana como la rural, se vinculan por rasgos comunes que matizan el *ethos* de las personas bajo condición de pobreza.

La mayor diferencia entre la pobreza rural y la urbana es que la primera tiende a ser crónica y más persistente. El urbano pobre entra en la dinámica cambiante de la ciudad e ingresa forzadamente en un ritmo de vida en el que tiene que dar respuestas concretas a eventualidades cotidianas mediadas por el espacio informacional, las cuales le demandan actuar con un estilo de vida más acelerado que el potencial de su *ethos* rural. Así, la pobreza va siendo redimensionada en cada fase de la vida y la ciudad se construye como un campo de encrucijadas que se resuelven según el potencial y experiencia de cada individuo.

Dadas las condiciones a las que están expuestos, a los pobres urbanos se les dificulta transformar su situación y construir un proyecto de futuro. El cambio se opera cuando del paso de una fase del ciclo de vida a otro, logran insertarse en diferentes grupos de pertenencia que los llevan a los movimientos reivindicadores. Eso no sucede de manera tan rápida, porque ni el nivel educativo les favorece, ni la infraestructura de los barrios populares en las ciudades admite fácilmente un contenido simbólico urbanizador. Al respecto, algunos datos de una investigación[8] que buscaba indagar sobre los espacios de comunicación y expresión con que cuentan los barrios de once ciudades del país, muestran que el 39% de los barrios cuentan con espacios que se pueden considerar culturales, 32% con espacios que se pueden considerar deportivos y el 44% con alguna organización mediante la cual pueden iniciar su experiencia de participación ciudadana.

En la medida en que las ciudades hondureñas crecen y se expanden, lo que se marca es una continuidad de la precariedad establecida y no tanto su alteración. Es decir, los pobres en la ciudad necesitan, aunque no siempre lo logran, resignificar más rápidamente sus códigos socio-culturales. Si no se logra esta redefinición del *ethos* rural al *ethos* urbano, se limitan las posibilidades para el surgimiento de verdaderos movimientos sociales reivindicativos.

Las relaciones que se establecen entre lo rural y lo urbano mediante los mecanismos descritos arriba, conforman una situación cultural específica para cada área. Sin perjuicio del reconocimiento y aceptación mutua que en algunos aspectos puede existir entre lo urbano y lo rural, aparecen también estereotipos que dan cuenta de las características con

las que se percibe la dinámica de las relaciones sociales en cada área. Así, lo rural tiende a ser visto desde la óptica urbana como la esencia de la pobreza, del atraso, de lo folklórico, de lo sucio etc., mientras que lo urbano, desde la óptica de lo rural, es aquello oportunista, demagogo, bien vestido, etc.

La urbanidad en la cultura occidental suele ser el sinónimo de la civilización moderna y su símbolo es la ciudad. Pero tal y como se ha visto arriba, la ciudad por si misma no resume el fenómeno urbano, pues éste se concentra en un estilo de vida específico que extiende su influencia más allá, hasta el campo. La población rural y los pobres (dentro y fuera de la ciudad) son asumidos como necesarios para equilibrar los factores de la competencia social en las economías modernas de mercado. Por ejemplo, el barrio pobre o el de "bajos fondos" es una estructura inseparable de la ciudad y representa el ala de los perdedores que se equilibran con los ganadores y ambos se integran como dos identidades complementarias de la modernidad.

Sobre los pobres suelen pesar estigmas que los tildan como "ignorantes", "sucios", "iletrados", "ladrones", etc.,que más bien sirven para desarticularlos y no para comprender su situación histórica, ni la dinámica de la que son parte en los mecanismos de vinculación rural-urbanos de la cultura occidental a la que está adscrita Honduras. En tanto que en algunas sociedades los pobres vinieron del campo a la ciudad en el marco de un proyecto colectivo de vida, en Honduras se ha extendido el campo hacia la ciudad de manera más individualista, por la destrucción de las unidades de subsistencia rural. Los campesinos expulsados de sus lugares de origen por las múltiples presiones económicas y sociales, y sin formas de inducción en la ciudad, afrontan serias complicaciones para encontrar oportunidades sostenibles en las ciudades.

En la medida en que aumenta el número de pobres, la competencia entre ellos es cada vez más dura, hasta que su temor social y económico se transforma en el temor e inseguridad de todos, y contribuye al incremento de la violencia en las ciudades.

Históricamente, en sociedades sin una presencia significativa del Estado se ha permitido desde el *feud*[9] (riña al interior de familias o grupos delimitados) hasta el homicidio entre diferentes segmentos sociales. En el caso de Honduras, se ha suscitado diversas expresiones de violencia, especialmente en zonas rurales de mucha tradición como en el Oriente, donde bajo formas de negligencia social se ha invisibilizado el *feud*, a pesar de que este fenómeno persiste en la sociedad rural. Muchas de las formas de violencia y de conflicto propias de la sociedad rural se enlazan con los procesos de urbanización, especialmente en los momentos de expansión del estilo de vida que va sometiendo el sentimiento del *ethos* rural, y lo va transformando de una posibilidad de sobrevivencia a una salida inmediata para la vida.

Los cambios culturales hacia el siglo XXI

La conformación del proceso sociocultural en Honduras parece indicar que las ideas de que el tiempo aquí se detiene y no presenta mayores cambios[10] se desvirtúan ante la consideración de una serie de trasformaciones parciales ocurridas en los diversos procesos de modernización que se han emprendido desde el Estado y distintos sectores de la sociedad. Esto hace pensar que son su profundidad y la velocidad de sus cambios, sobre todo en el presente, lo que puede ofrecer una mayor fuente de problemas y también de soluciones a la vida social y cultural.

Estos procesos de modernización inducidos por diferentes actores no han considerado necesariamente la cultura como un factor del desarrollo, provocándose así una tensión permanente entre los cambios provocados por la modernización y la persistencia de un *ethos* rural (véase el recuadro 3.3).

Sin perjuicio de la persistencia de zonas remotas que se ven desconectadas de los flujos de intercambio, una de las características más evidentes de la cultura hondureña a principios del siglo XXI, es la imbricación creciente de la dimensión urbana con la rural. Es decir, que la cultura hondureña se ha transformado de una sociedad predominantemente rural hasta la década de los ochenta, a una sociedad en la que van surgiendo múltiples vínculos entre los núcleos rurales y urbanos que suponen transformaciones tanto en el campo económico como en el sociocultural.

En Honduras se sintetizan algunas de las tendencias del desarrollo latinoamericano que tienen que ver con la irreversibilidad de la urbanización por la que camina el subcontinente y, por otro lado, la influencia de la era informacional que caracteriza la globalización en el mundo, que acelera los procesos en América Latina y tiende a semejarlos. De manera que la sociedad rural y su cultura son prácticamente insostenibles en su encerramiento y en su quietismo, cuando están sujetas a los procesos circundantes de la tecnología comunicacional y a las fuertes presiones hegemónicas de la economía urbana.

Esta tendencia puede revertirse virtuosamente si se revaloriza y se le asignan nuevas funciones al espacio rural, al diseñar una política que redefina lo rural: "como *factor de equilibrio territorial* para compensar los desdoblamientos impuestos por la urbanización y el desplazamiento forzoso; como productor de recursos (agua por ejemplo); como

RECUADRO 3.3

Honduras y el sueño de la modernidad

Cuando en los tiempos de la modernidad surgen en algunos países europeos los nuevos proyectos de nación y de estado, es porque los mismos se habían vuelto necesarios para amplios sectores de la población y, además, porque existían ciertas condiciones que los hicieron posibles. En efecto, la existencia de un cierto mercado nacional era una realidad, así como la presencia de una clase hegemónica (la burguesía) con el suficiente poder para articular, muchas veces por la fuerza, las diversas partes en un todo. Así lo exigían las leyes del mercado del aquel entonces. Asimismo, a nivel cultural, se dio una cierta homogenización y una tradición compartida durante muchos siglos, lo que posibilitó que diversos componentes pudiesen articularse para dar origen a una nueva entidad denominada nación.

Este cambio histórico, como todos los cambios profundos, no se realizó sin conflictos ni vicisitudes, pero al final las demandas y exigencias de las nuevas formas productivas en la época terminaron por imponerse. Esas necesidades y exigencias, por otro lado, así como surgieron pueden a su vez modificarse, lo que provocaría que la nación tal como se conoció en sus inicios, tendería a transformarse o simplemente desaparecer, como parece estar sucediendo en estos tiempos, en los que por exigencias y necesidades concretas, sobre todo económicas, se pretende organizar e instaurar una macro sociedad globalizada.

El país formal y el país real

En el caso de América Latina, y particularmente el de Honduras, la creación de un estado y la formación de una nación surgieron únicamente en las mentes de un reducidísimo grupo de personas (los criollos), quienes, sin contar además con el poder suficiente, quisieron aplicar para su beneficio y el de su "patria" ("la patria del criollo"), las instituciones y principios vigentes en aquel entonces en los países más "civilizados" de la época. De esta forma, sin preguntarse sobre la realidad en la que estaban viviendo, copiaron instituciones, legislaciones, maneras de ver y de pensar en el supuesto de que con ellas se avanzaría hacia una sociedad más ilustrada, menos injusta, más equitativa. Sin embargo, la realidad en la cual se movía la mayor parte de la población en la provincia de Honduras distaba mucho de estar ni siquiera mínimamente preparada para asimilar los discursos con los que se anunciaban las venturosas nuevas surgidas de la "ilustración".

Con pocas excepciones, la de José Cecilio del Valle por ejemplo, los primeros forjadores del estado y la nación en Honduras poco consideraron para concretar sus objetivos la identidad cultural de los sectores sociales mayoritarios. Al no atender e ignorar esa realidad y querer reducirla a sus propios principios y propósitos, lo que se produjo fue contradicciones casi insalvables que generaron su ruina o lo inacabado o deforme del proyecto de modernidad. De tal suerte que desde el inicio de su vida "independiente" se operó en esta provincia de Honduras una separación a niveles abismales entre lo que era el país real y los fundamentos teóricos (jurídicos, políticos, económicos) con los que se pretendió organizar el Estado y definir la nación.

Cuando después de 1821, por medio de asambleas y congresos, se intenta organizar el nuevo país, creando nuevas instituciones tales como los congresos deliberativos, el ejercicio del sufragio, la libertad del comercio y de los mares, la supresión de impuestos, etc.; y se evoca como nuevos paradigmas de la felicidad humana la igualdad, la libertad y la fraternidad, se está queriendo volver "contemporánea", de repente, a una sociedad cuya "identidad" (política, económica, cultural, educativa) se encontraba casi totalmente al margen de todo ese proceso que en otras regiones permitió desembocar en la modernidad.

A nuestra comarca, aunque llegaban coletazos de lo que estaba sucediendo en otras partes de la tierra, poco o nada la vinculaba a ese mundo externo, salvo el de haber estado atada en calidad de colonia a uno de los países europeos, el cual, por lo demás, se encontraba atrasado o rezagado con relación a las buenas nuevas edificadas, lanzadas y abanderadas por Inglaterra, Francia, Holanda y otros países.

De manera que en el país la élite criolla asumió la formación de un nuevo estado y el lineamiento de una nación, pero al desconsiderar el sustrato socio-cultural, lo que resultó fue una fisura provocada por la intención de querer "encorsetar" una realidad, o unas vidas más bien, a leyes, instituciones y sistemas frente a los cuales la mayoría de la población no tenía ningún arraigo. Lo que se dio en ese caso fue un vacío de pertenencia. Puede decirse que las condiciones no estaban dadas para levantar el edificio.

Fuente: Colaboración especial de Rafael Murillo Selva 2003.

factor de equilibrio ecológico o de producción de paisajes o de recreación (servicios ambientales); como *fuente de conocimiento y de reserva de las identidades culturales*" (Wilches s.a).

Una de las peculiaridades de Honduras es que la urbanización no se ha concentrado en una sola ciudad, como ha sucedido en muchos países latinoamericanos. En Honduras, además de la ciudad capital, se han gestado diversas ciudades en un amplio corredor que va del norte hacia el sur del país. Han surgido ciudades con diversas características; algunas como la ciudad industrial de San Pedro Sula y la ciudad de Choloma (por el auge de la maquila), otras con características de ciudades puertos y turísticas (como Tela, La Ceiba, Puerto Cortés), otras ciudades de paso y por tanto comerciales (El Progreso, La Entrada), hasta llegar a las del sur y suroriente con menos desarrollo en su infraestructura física, pero con visibles aglomeraciones de población (Choluteca, Danlí). Existe una dinámica de crecimiento de las ciudades grandes acompañada por el rápido incremento de las ciudades pequeñas y medianas, creando polos de desarrollo regional en los diversos puntos cardinales (véase recuadro 3.4).

Este crecimiento ha sido generado por múltiples procesos de tipo económico, social, cultural y político, en los que se ha formado una dinámica de la población que vincula el área rural y el área urbana de modo continuo. Por un lado, hay una alta tasa de emigración del campo a la ciudad que se debe, en gran parte, al hecho de que las unidades de subsistencia rurales han perdido espacio y vitalidad para su reproducción, por lo que la indigencia se ha asentado en la población rural. Las ciudades aparecen en este panorama como una "tabla de salvación" para los pobres del área rural. Por otro lado, las tecnologías informacionales inundan cada vez más el área rural, motivando la migración y los cambios en algunos aspectos de su estilo de vida.

Debido a ciertos impulsos de movilización de la población dentro de Honduras, se ha creado un

RECUADRO 3.4

Las ciudades medias

El concepto de ciudad media no es de fácil definición ni acotación pues, en gran medida, éste depende del contexto territorial. Pero el objetivo básico es tratar de reflexionar sobre el papel que la ciudad media puede jugar en el desarrollo de un proceso de urbanización más equilibrado y sostenible, y proponer líneas de trabajo y políticas para las ciudades medias, que sugieran reflexiones propias directamente ligadas a las realidades de cada una de las ciudades y personas que sobre ellas piensan y trabajan. La propuesta básica es superar el aislamiento de cada una de las ciudades medias y realizar estudios sobre ellas, para que puedan ser compartidos y debatidos.

A partir de una tipología de ciudad, la ciudad media se define también por la voluntad de "hacer ciudad", es decir, como un escenario de convivencia, de mejor gobernabilidad, de mejores condiciones de vida de la población urbana que mayoritariamente vive en estas ciudades. Debe ser la base de reflexiones propositivas que generen, mediante el trabajo en red, una nueva escala de urbanización o, mejor dicho, del tratamiento de la urbanización que comprometa a los profesionales y también a las instituciones, entidades y en especial a los gobiernos locales de esas ciudades del mundo (UNESCO 1999).

Las ciudades medias articulan el territorio y funcionan como centros de referencia para un territorio más o menos inmediato. Y es precisamente ese papel y esa relación que los centros mantienen con su territorio lo que ayuda a definir con más claridad el mismo concepto:

- Son centros servidores de bienes y servicios más o menos especializados para la población del mismo municipio y de otros municipios (asentamientos urbanos y rurales), más o menos cercanos sobre los que ejerce cierta influencia;
- Son centros de interacción social, económica y cultural, "el corazón económico de amplias áreas rurales en las ciudades del Tercer Mundo";
- Son asentamientos ligados a redes de infraestructuras que conectan las redes locales, regionales y nacionales e, incluso, algunas, con fácil acceso a las internacionales, como en el caso de las ciudades medias de las periferias metropolitanas. Son nodos que articulan flujos, puntos nodales, de referencia y de acceso a otros niveles de la red; y,
- Son centros que suelen alojar niveles de la administración de gobierno local, regional y subnacional a través de los cuales se canalizan las demandas y necesidades de amplias capas de la población. La descentralización administrativa y gubernamental a estos niveles, lleva consigo una mejor compresión del medio sobre el cual desarrollar proyectos y medidas más acordes con la realidad y necesidades del propio medio.

Para el caso de Honduras, se advierte que el incremento de la proporción de población que obtuvieron las ciudades grandes en 2001, tiene su mayor peso en el crecimiento de las ciudades antes denominadas como medias (La Ceiba y Choloma). Las tasas de crecimiento de las cabeceras municipales del Distrito Central y San Pedro Sula (1.78 y 3.66 respectivamente), son menores a las tasas de crecimiento de La Ceiba y Choloma, las cuales son 4.36 y 8.64 (periodo 1988-2001). El promedio de la tasa de crecimiento de las ciudades medias es de 4.11, por encima del promedio nacional 3.11 (véase cuadro 1). Para los efectos de Honduras, se considera como ciudades medias aquéllas que tienen entre 25,000 y 100,000 habitantes en su cabecera municipal (PNUD 1998).

A simple vista tal vez no parezca muy interesante, pero hay que señalar que en la mayoría de ellas no ha habido una planeación estratégica para su impulso y, sin embargo, crecen. Esto es un fenómeno mundial, pasará con o sin intervención exógena, pero ¿por qué no empujar un efecto que traerá beneficios no sólo a las ciudades medias sino también a la región a la que asiste, que por lo general es su área rural? Hay que dejar claro que el impulso exógeno debe tomar en cuenta las potencialidades endó-genas de cada una de las ciudades, que sin duda son distintas entre sí.

En 1998 el país contaba con nueve ciudades de más de 25,000 habitantes, en ellas vivía el 9.2% de la población total. En el 2001 el número de ciudades en Honduras con las mismas características aumentó a 14, creciendo también el porcentaje de la población total a un 9.8% (DGEC 1988, INE 2001).

Es necesario señalar que dos de las ciudades que se consideraban intermedias en 1988, ya en el 2001 se consideran como ciudades grandes por presentar una población mayor de 100,000 habitantes en sus cabeceras municipales, ellas son La Ceiba y Choloma. Además, en este periodo de tiempo (1988-2001) se incorporaron a esta categoría (ciudad media) siete ciudades más: Catacamas, Juticalpa, Villanueva, Tocoa, Tela, Santa Rosa de Copán y Olanchito. Entre los años 1988 y 2001, Villanueva, Juticalpa, Tocoa, Catacamas y Olanchito han tenido una tasa de crecimiento poblacional más alta que el promedio nacional (3.11) y que las tres ciudades "más importantes" en Honduras (Distrito Central, San Pedro Sula y La Ceiba).

Por otra parte, Choluteca y Comayagua se consideran ciudades medias desde 1988. Esta última ciudad tiene un ritmo de crecimiento poblacional muy semejante al promedio nacional, distinto al caso de Choluteca, que tiene una de las más bajas tasas de crecimiento poblacional de todas las ciudades medias en Honduras. Pero ambas ciudades son los polos de desarrollo de cada una de sus regiones.

En Honduras, el fenómeno del surgimiento y el crecimiento de las ciudades medias está relacionado con el proceso de urbanización formal acelerada que se evidencia en las últimas décadas. Aunque la emergencia de estas ciudades no obedece a planes de ordenamiento territorial que busquen un desarrollo equilibrado en el país, no cabe duda de que la existencia de estas zonas puede ser potenciada como un factor que minimice las tendencias de concentración de población en una o dos ciudades. Por lo cual, desde la perspectiva del desarrollo humano, se requiere que se analice la dinámica de estas ciudades medias para favorecer la ampliación del corredor de desarrollo y para buscar estrategias que propicien una adecuada interrelación entre las áreas rurales y las urbanas.

CUADRO I

Población y tasa de crecimiento poblacional en las ciudades medias, 1988 y 2001

Ciudades medias	1988	2001	Tasa de crecimiento poblacional
La Ceiba	71,405	126,721	4.4
Choloma	40,554	126,402	8.6
El Progreso	62,364	94,797	3.2
Choluteca	56,573	76,135	2.3
Comayagua	38,656	60,078	3.4
Puerto Cortés	32,799	51,874	3.5
La Lima	29,805	49,480	3.9
Danlí	30,140	47,310	3.4
Siguatepeque	28,341	42,853	3.1
Catacamas	18,655	35,995	5.0
Juticalpa	20,376	33,698	3.8
Villanueva	12,441	32,022	7.2
Tocoa	14,620	30,716	5.6
Tela	24,198	29,247	1.4
Santa Rosa de Copán	20,436	28,292	2.5
Olanchito	14,505	25,040	4.2
Población total en ciudades medias	**390,637**	**637,537**	**4.1**

Fuente: Elaboración propia con base en DGEC 1988, INE 2001a.

Nota: Las áreas sombreadas representan la población que vive en las que se consideran como ciudades medias.

Fuente: Elaboración propia con base en Villegas 2003.

RECUADRO 3.5

El fenómeno de la emigración hondureña

La emigración masiva de hondureños es un fenómeno relativamente reciente, pero a partir de los noventa el aumento se ha acelerado. En las últimas décadas, más de 800 mil hondureños han emigrado a los Estados Unidos y un aproximado de 50 mil a otros países del mundo (FONAMIH 2003). Esta población puede considerarse como la nueva "clase media" hondureña que reside en el extranjero, y como una inversión que paga en retorno muy buenos dividendos. Conviene destacar, a su vez, que del total de hondureños en EE.UU., un 75% está en condiciones no legales.

El ingreso total de la población de emigrantes hondureños en los Estados Unidos ya iguala al ingreso nacional de Honduras. Es así que tenemos un país hondureño al norte del Río Grande con un ingreso similar al de nuestro país centroamericano. Las remesas familiares que los emigrantes envían anualmente al país han venido creciendo aceleradamente. En el año 2002 las remesas alcanzaron un monto de USD770 millones (o sea alrededor del 11% del PIB) (Multilateral Investment Fund 2003), y estimaciones del Banco Central indican que en el año 2003 se aproximó a USD1,000 millones. Estas cifras se acercan al valor del producto agrícola del país y equivalen a más de la mitad de las exportaciones de bienes.

Como resultado de la emigración a los Estados Unidos, puede estimarse que un 10% de la población ha salido de las condiciones de pobreza particulares del país (gran parte de los que dejaron el país y muchos de los que ahora reciben remesas). Un tercio de los hogares receptores de remesas pertenecen al sector rural (CEPAL 1999). No obstante su evidente importancia, las remesas familiares no constituyen aún un motor de desarrollo para el país. Más bien, están sirviendo como un medio de subsistencia para un amplio sector de la población.

Las remesas se orientan fundamentalmente al consumo y, en escasa medida, al ahorro y a la inversión. Según datos de la CEPAL para varios países de la región, más del 80% se gasta en alimentación y vestuario, 4-8% en educación y salud, y 5-6% en ahorro e inversión. Cabe señalar que los gastos que se hacen en educación y salud representan una inversión en capital humano. Una ventaja adicional que ofrece la inversión que hacen los remitentes y receptores de las remesas es que no es especulativa sino de largo plazo.

Cabe señalar que los efectos de las remesas, tanto en términos macroeconómicos como sociales, no son todos positivos. La emigración de ordinario conlleva el desgarramiento familiar y, para los que entran ilegalmente a los Estados Unidos, el trauma emocional del cruce de la frontera y la pérdida de protección bajo la ley. En adición, muchos de los emigrantes quedan fuertemente endeudados con los "coyotes" que hacen los arreglos de viaje. Asimismo, la emigración tiende a ser "selectiva": la población que emigra suele ser la más dinámica y mucha mano de obra calificada deja el país. Por otra parte, es evidente que el crecimiento acelerado de las remesas en los últimos años tendrá su límite. Además, siempre está el peligro de una deportación masiva de los emigrantes que no tienen residencia legal en los Estados Unidos. En cuanto a otros efectos, se puede mencionar la destrucción en algunas poblaciones del tejido económico endógeno y las rupturas de los vínculos familiares.

Estas notas no comprenden el análisis empírico del impacto macroeconómico de las remesas sobre la economía del país; más bien centran la atención sobre el uso que puede dársele a los fondos. El tema macroeconómico es, sin embargo, de clara importancia. Las remesas constituyen la principal "ayuda externa" con que cuenta el país. El crecimiento sostenido característico del flujo de remesas tiende a amortiguar los "shocks" externos y por lo tanto a reducir la vulnerabilidad de la economía.

Las remesas entran a la masa monetaria del país como financiamiento externo y aumentan la demanda de bienes y servicios. Sin embargo, en una economía relativamente abierta como la de Honduras, el financiamiento monetario adicional se escapa en parte vía las importaciones, reduciendo así su impacto sobre los precios y la producción. El Banco Central contribuye a reducir la presión inflacionaria esterilizando parte del exceso de liquidez.

Las remesas han contribuido al fuerte crecimiento de las reservas internacionales durante la última década. La entrada de dólares proporciona los medios de pago para importar del exterior, permitiendo financiar un fuerte déficit de la balanza comercial de bienes y servicios. Más aún, los ingresos de divisas tienden a apreciar la tasa de cambio real y por ende a reducir la competitividad de las exportaciones y a abaratar las importaciones, contribuyendo ambas tendencias a acrecentar el déficit comercial.

Lazos creados por los emigrantes hondureños en los Estados Unidos

Las relaciones establecidas por parte de la población emigrante en los Estados Unidos han creado una serie de lazos económicos y sociales entre las personas viviendo en los dos países, los cuales indudablemente tendrán un impacto relevante en la transformación sociocultural de Honduras. Entre estos vínculos destacan los siguientes:

- Las remesas familiares y su efecto sobre el consumo, el ahorro y la inversión de los emigrantes y los receptores de los fondos.
- La transferencia de tecnología en el campo del comercio y los negocios (pero al mismo tiempo, la "migración selectiva," o mano de obra calificada que deja el país).
- El comercio de importación y exportación. Existe un gran mercado potencial de exportaciones de "productos nostálgicos."
- El turismo. Una parte significativa del turismo al país es ya de hondureños que viven en los EE.UU.
- Comunicación entre emigrantes y sus comunidades de origen vía el "Internet" y el teléfono (consolidación de lazos personales, comerciales y financieros; sistemas de información).
- Apropiación de nuevos códigos culturales y sociales dentro de las comunidades emigrantes en los Estados Unidos.

Fuente: Elaboración con base en Siri 2003 y Zamora 2003.

país de migrantes interdepartamentales, acompañado de un significativo porcentaje de emigración internacional (véase recuadro 3.5). Esta dinámica genera un reacomodo de la cultura tradicional hondureña que se transforma en una hibridación urbano-rural en los comienzos del siglo XXI. Es decir, ya no existe la sociedad rural pura por la que se ha caracterizado Honduras en el contexto latinoamericano, pero tampoco se observa una sociedad urbana consolidada. La urbanización presenta una serie de limitantes que se manifiestan, entre otros rasgos, en la precariedad de la infraestructura física urbana, el peso del trabajo por cuenta propia, el incipiente desarrollo de la institucionalidad de la propiedad inmobiliaria, y lo rudimentario de la productividad del trabajo en las áreas modernas de la economía.

Hasta la década de los cincuenta, en Honduras no se notaban grandes contrastes entre lo urbano y lo rural, más bien las ciudades en su mayoría habían sido pequeñas islas en el campo. De manera que cuando comienza la urbanización extensiva, el *continuum* rural-urbano se abre y se produce un flujo poblacional y simbólico en el que lo urbano queda enlazado al *ethos* rural dentro del espacio de las ciudades, produciéndose así la hibridación antes mencionada.

Esto significa que Honduras no es más la quieta

sociedad rural de los siglos pasados, sino una sociedad en transición en la que los individuos todavía viven su experiencia cultural en el *continuum* rural-urbano, sin llegar a internalizar completamente ni el *ethos* rural ni el urbano. Es a partir de esta necesidad de internalización de los cambios socioculturales experimentados en las últimas décadas, que es importante estudiar el imaginario y la subjetividad de los hondureños y las hondureñas sobre su propia cultura.

Notas

1 Asumiendo esta óptica, el INDH del año 1998 señala que en el desarrollo humano el criterio de sostenibilidad no se limita a los recursos medioambientales sino que también incluye los aspectos sociales y culturales.

2 Lechner (1983) define la cultura como un acumulado cambiante de aspiraciones, percepciones, memoria, emociones, sentimientos de pertenencia y diferenciación. Un eje colateral está marcado por la "competividad social" entendida como mecanismo para la producción de capacidades y oportunidades, es decir hacer competente al individuo en el marco de los procesos sociales.

3 Una búsqueda por "conciliar la libertad individual, la nacionalidad modernizadora con la pertenencia comunitaria [...] en la cual las identidades particulares no están destinadas a contraponerse con la modernización o transformación productiva. Por el contrario, pueden ser un factor importante para su construcción si logran operar como elementos de movilización consensuada y con vocación democrática" (Ottone 1996:145).

4 Anderson 1993. Él coloca las tres primeras, y se han agregado las otras por considerar que reflejan mejor la situación actual de la vida urbana.

5 Hanchard citado por Anderson 2001, llama "excepcionalismo racial" a la creencia de que comparados a otros, algunos pueblos se caracterizan por unas relaciones raciales armónicas y ausencia de discriminación racial. En este ensayo se ha adaptado el concepto de "excepcionalismo racial" y ha sido convertido en "excepcionalismo social", para poder incluir muchos eventos en los que se da una subvalorización por contraste con otras realidades o grupos sociales, por ejemplo los grupos urbanos y rurales.

6 Según el INE (2001a) el área urbana en Honduras está constituida por 3,336 barrios (dentro de los cuales se suman todas las denominaciones que puedan tener las agrupaciones humanas dentro de las ciudades, ya sean barrios, colonias, villas, etc.).

7 *Ethos* se entiende como el carácter, es decir la manera peculiar de ser.

8 UNICEF 2002.

9 *Feud* es un término anglosajón para el que en español no hay un término correspondiente y que no se limita a luchas de familias solamente, sino que tiene que comprenderse en el marco de luchas prolongadas entre grupos afines por parentesco, por etnia, por territorialidad y otros factores que les hacen compartir cierto grado de intimidad.

10 Existen diversas interpretaciones sobre la sociedad hondureña en torno a que es una sociedad detenida en el tiempo con procesos de cambios muy lentos, con estructuras de larga duración que no han permitido cambios considerables. Véase por ejemplo Rosa 1882, Valle 1947, Martínez 1992, Barahona 1992.